

ra pueden vivir del público: viven de los anunciantes. El cine, la prensa, la televisión, requieren públicos de cientos de miles para ser costeables. Los libros, sin anuncios, se pagan con unos cuantos miles de lectores. No se ha inventado nada más barato para dirigirse a tan poca gente.

6. Los libros permiten mayor variedad

Hacer un programa de televisión para 3 millones de personas justifica un presupuesto enorme. Si el mismo público se fragmenta en seis canales, aunque la variedad queda sextuplicada, la situación presupuestal se complica, porque cada programa debe costar la sexta parte. Si se fragmenta en mil, hay una variedad mil veces mayor, pero el presupuesto resulta imposible: no se puede producir televisión para 3 mil personas.

Esto explica porqué la televisión decepciona: porque tiene que ser de interés para cientos de miles o millones de personas. Es deseable (y sucede) que lo excelente interese al gran público, tanto en la televisión como en los libros. Pero, en el caso de los libros, si esto no llega a suceder, no hay un desastre financiero, como en la televisión. La televisión está obligada a producir bestsellers: excelentes, buenos o malos.

En cambio, los libros pueden ser bestsellers o no tienen que serlo. Es económico hacer un libro excelente, aunque no le interese más que a 3 mil personas, y muchos bestsellers empezaron así. Los primeros mill ejemplares de *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz tardaron años en venderse. Si hubiera sido un programa de televisión, no se hubiera producido.

EL COSTO DE LEER

6.

En los países ricos, un libro cuesta varias horas de salario neto; en los pobres, varios días. Si la lectura del libro toma varias horas y el lector gana el salario mínimo, el tiempo del lector cuesta lo mismo que el libro, en los países ricos, y mucho menos en los pobres. Para los médicos, abogados, ingenieros, funcionarios (que en los países ricos ganan varias veces el salario mínimo, y en los pobres mucho más), la lectura cuesta más por el tiempo del lector que por el costo del libro.

Los costos de leer pueden agruparse de distintas maneras para observar su peso relativo. Los siguientes números, aunque son malos (porque varían de país a país, de año en año, de libro a libro, de lector a lector), pueden hacer menos abstracta la comparación.

1. El costo del libro, 0 a 50 dólares.

2. El costo de conseguirlo (localizarlo, ir a comprarlo, pedido por correo, hacer trámites de pago), 0 a 20 dólares.

3. El costo de catalogarlo, avisar que está disponible y tenerlo registrado en ficheros o sistemas de cómputo, 20 a 50 dólares.

4. El costo de tenerlo en un lugar y en ~enas condiciones, 2 a 5 dólares por año.'

5. El costo de un lugar para leerlo, 0 a 25 dólares.

6. El costo del tiempo del lector, 0 a 300 dólares.

Observemos ahora cada concepto.

1. El costo social de producir un libro nunca es cero. Pero es posible que no le cueste al lector, por cualquier razón (recibirlo prestado o regalado, en caso extremo: robárselo). Puede ser sustituido por el costo de una fotocopia. Puede ser aumentado por el costo de una encuadernación. Puede ser disminuido (ala mitad, a la enésima parte) por la relectura o la lectura compartida con la familia, los amigos o los otros lectores de una biblioteca.

2. El costo de conseguir un libro puede ser ~extraordinario. Peregrinar de librería en librería (en muchas, se niegan a informar por teléfono) y hasta de país en país, como tienen que hacerlo algunos compradores profesionales de grandes bibliotecas que saben cuántos editores no publican catálogos, ni listas de precios, ni responden las cartas y, a veces, ni siquiera envían los pedidos ya pagados; por lo cual hay que hacer el viaje para comprar, pagar, hacer paquetes y llevarlos a una mensajería, personalmente.

Esto explica tres tipos de soluciones prácticas. Las agencias de compras que ofrecen el servicio de conseguir libros nacionales para clientes extranjeros. La venta directa del editor (por correo o en una librería adjunta a las oficinas), que ofrece cuando menos un lugar a donde se puede acudir con seguridad, en vez de peregrinar. y, desde luego, las compras de impulso. Es tan azaroso volver a encontrarse un libro de posible interés, que lo razonable es tomar la decisión en el acto, si de casualidad está a la mano.

3 Y4. En 1989, la British Library, que recibe gratuitamente todos los libros publicados en el reino, se quejaba de que recibirlos,, catalogarlos, exhibirlos y cuidarlos debidamente le costaba 50 libras esterlinas, más una libra por año, por ejemplar. Naturalmente, los libros británicos costaban en promedio mucho' menos. En esta perspectiva, se comprenden las quejas de Alfonso Reyes, que llegó a sentirse esclavo de su propia biblioteca y de los infinitos libros que recibía por cortesía de los autores o editores. También se comprende que Catalina de Rusia haya dado una pensión a Diderot como bibliotecario de su propia biblioteca, que le compró y le encargó. Y otras soluciones, no menos extremas. El escritor que regala su biblioteca, a cambio de que le den servicios bibliotecarios con los libros que regaló. El escritor que renuncia a formar una biblioteca: Tengo en casa los libros que pienso leer. Los que ya leí (o que ya no leí), los voy descartando.!!

5. Una ecología del silencio debería! calcular los daños causados por el ruido y las interrupciones. Un cálculo indirecto sería estimar el costo de un espacio adecuado para aislarse. Suponiendo cinco metros cuadrados amueblados por persona, dos turnos de lectura y libros que se alcancen a leer en un turno, el costo por libro (leyendo hasta los domingos) es quizá de medio libro. Si la biblioteca trabaja un turno, de lunes a viernes, y cierra en las vacaciones y los días festivos, el costo se triplica. Si la biblioteca es personal, el doble o triple de espaciosa; y usada únicamente dos horas diarias, el espacio de lectura puede costar diez veces más que el libro. Esto hace ver lo absurdo de restringir los horarios de las bibliotecas públicas por ahorrarse gastos de personal y electricidad, cuando lo importante es la inversión fija en espacio, instala-

ciones y libros. Hace ver la economía de prestar libros para llevarse: se ahorra espacio en la sala de lectura. Hace ver que los niños que la congelan, para hacer sus tareas escolares con sus propios libros (sin usar el acervo de la biblioteca), tienen un problema de vivienda: no es tan fácil tener en casa un espacio, en silencio para el trabajo intelectual. (No sólo. Virginia Woolf soñaba con tener un cuarto propio.) Hace ver la ventaja de habilitar muchos lugares públicos (parques, plazas) como lugares de lectura. Hace ver la economía de aprovechar el espacio y el tiempo de transporte para leer.

6. El tiempo es lo más costoso de todo, con excepciones obvias: los tiempos muertos del transporte, la enfermedad, la prisión, la jubilación. El tiempo del lector puede costar, digamos, seis veces más que el libro y el doble que toda la administración bibliotecaria (desde conseguir el libro hasta tenerlo en una sala de lectura): el 60 por ciento del costo de leer. Con muchas implicaciones.

En una economía rica, y en los estratos ricos de un país pobre, el tiempo vale más que las cosas. Se justifica comprar muchas cosas, aunque no se tenga tiempo de disfrutarlas. Se justifica comprar libros que nunca se lean, pero están a mano, como una posibilidad, y pueden enseñarse a las visitas o mencionarse en las conversaciones. Leer es un lujo de pobres, de enfermos, de presos, de jubilados, de estudiantes ociosos, como antes los había. En la medida en que los estudiantes se vuelven jóvenes ejecutivos de agendas sobrecargadas, en la medida en que aumentan los ingresos y las oportunidades de la vida ejecutiva, leer (si no es por obligación) se vuelve incosteable.

También se vuelve incosteable escribir bien, porque cuesta más tiempo del autor, que dispone de mucho tiempo

libre si está en prisión o jubilado, pero no si es un médico o funcionario bien pagado, que no puede invertir un tiempo escaso y costoso en reescribir varias veces un párrafo, aunque el trabajo adicional le ahorre tiempo a los lectores.

Que un escritor dedique dos horas a ahorrarle un minuto al lector es absurdo, si el texto es un recado a su secretaria. Pero, si se trata de un libro con 12 mil lectores, cada minuto representa un beneficio social de 200 horas, frente a un costo de dos: el beneficio es cien veces mayor que el costo. Sería razonable que una parte de ese beneficio fuera para el autor que se toma el trabajo de escribir bien, y para el editor que publica libros limpios (sin erratas, bien diseñados, con índices), pero no es fácil cobrarlo.

El costo de leer se reduciría muchísimo si los autores y los editores respetaran más el tiempo del lector. Si no se publicaran los textos que tienen poco que decir, o están mal escritos, o mal editados.